

arbustos que formaban la avenida central del huerto. Detrás sabía que estaba Tetzahuitl y cuatro hombres suyos. Enfrente, ya tenía un compañero y tenía su brazo.

La lucha tomó el carácter de una danza diabólica.

Veíanse aquellas figuras, como en medio de una claridad eléctrica, encogerse, levantarse, abrir los brazos, arrastrarse, torcerse y dar saltos enormes, y todo en medio de ruidosas respiraciones, de insolentes apóstrofes y al son del fatídico repique de los aceros.

Abandonemos esta escena por un momento, y veamos lo que pasaba en la otra parte donde hemos dejado á Tetzahuitl.

Este sostenía un combate semejante al que D. Pedro había trabado con los de Mendoza. Muchos, al ver caer á Garduña, se escurrieron cobardemente. Otros oyeron que alguno se acercaba, y acudieron creyendo habérselas con nuevos enemigos.

El que llegaba era Botello que venía jadeante en busca de los suyos. Pero estos, cegados por la noche y por el susto, cerraron con él, y Botello, demasiado cerca de los que le atacaban, no halló mas recurso que aceptar el combate.

En consecuencia, Tetzahuitl quedó con cinco adversarios, si puede contarse como tal á Chirinos que se ocupaba de arrastrar á Isabel mientras los de Garduña le sostenían la retirada.

Tetzahuitl, sin mas arte que su agilidad y su fuerza de tigre, y ayudado por la noche, puso pronto á dos hombres en estado de no poder perjudicarle.

De los restantes, uno, herido de la pierna, trataba simplemente de defenderse. El otro, que era Barreda, ya también conocido por nuestros lectores, viéndose casi abando-

nado, soltó la espada, requirió el puñal, y se abrazó con Tetzahuitl, desesperado y rugiente como las fieras.

Tetzahuitl dió un gemido. El puñal de Barreda se había quebrado sobre su cabeza; pero oyóse al mismo tiempo un golpe seco; un nuevo gemido desgarrante resonó por los aires, y Barreda cayó dando un azote con la frente y agitándose con las contorsiones de un epiléptico.

Chirinos abandonó á Isabel y se escabulló por la maleza. El herido permaneció en la sombra conteniendo su respiración.

Entretanto, cosa siniestra! Mendoza y Negromonte habían vuelto á quedar solos. El primero, siempre retrocediendo, se encaminaba hácia la poterna para buscar una salida. Negromonte, con dos estocadas en el brazo, empuñaba el acero con la mano izquierda, y seguía cargando cada vez mas terrible sobre Mendoza.

—Por vida mia!—dijo este sintiéndose desfallecer de cansancio,—si no sois Benavides, juro que sois el mismo Satanás en persona.

—Qué! qué decís?.....—exclamó Negromonte con un asombro que no es posible describir.

—Digo, caballero, que nos batiremos si gustais hasta echar los bofes; pero mucho sentiria mataros ó morir, antes de conocer á un caballero tan admirable.

—Basta!—gritó Negromonte.

Mendoza bajó la punta de su espada.

Negromonte quedó atónito al reconocerle.

¿Quién era entonces el que había combatido con Tetzahuitl? ¿A quién se dirigieron aquellas palabras que este dijo cuando creyó reconocer á alguno en medio de las tinieblas?

—Caballero,—dijo Mendoza,—conozco poco mas ó menos la causa que nos ha puesto el uno enfrente del otro. Yo no tengo la honra de conoceros; pero sois, á no dudarlo, el amante por quien esa jóven me mira con tan obstinado desprecio. Desde hoy dejareis de tener en mí un rival. Menos gano con poseer á Isabel haciendo su desgracia y mi infamia, que con estrechar la mano de un valiente, cuya amistad será un timbre de gloria para el que alcance á merecerla.

—Señor, respondió con distraccion Negromonte,—aunque no fuera por la maestría singular y el portentoso vigor de vuestro brazo, bastara vuestra benevolencia y cortesía para reconocer al primer caballero del reino. Señor Mendoza, hé aquí la mano de vuestro humilde criado.

—Oh! me conocéis!.....

—Mucho!..... pero tened la bondad de esperarme..... necesito saber qué ha sido de esa jóven..... Si lo teneis á bien, volved á sacar vuestra espada, y estáos en esa puerta..... no hemos concluido.

Mendoza obedeció, y D. Pedro se dirigió corriendo á la espesura donde habia estado oculto con Tetzahuitl; sacó su linterna, la descubrió y acudió al sitio de la catástrofe.

Solo encontró cadáveres. Garduña y Barreda yacian sobre negros y espumosos charcos de sangre. Isabel y Tetzahuitl habian desaparecido.

Siguió buscando. Al pasar junto al estanque le pareció escuchar un gemido. Abrió la maleza y vió á un hombre que le tendia los brazos, agitándose con las postreras convulsiones.

Aquel hombre era Botello. D. Pedro le acercó la luz, reconoció sus vestidos, y pasó adelante. La linterna

temblaba en su mano; su rostro, pálido y casi desfigurado, mostraba que en su corazon hervia ya un furor sin límites.

—No hay duda,—exclamó sordamente,—aquí están aterrados por Tetzahuitl todos los hombres de Mendoza.... y acaso los míos. Tetzahuitl hubiera vencido á un millar de estos miserables. Los mató á todos y ha escapado con Isabel..... Ea! bien visto el plan, no era mas que una complicada majadería. Una vez que yo sea dueño de la fuerza, me son inútiles todos estos enredos. Pero esa fuerza..... esa fuerza..... Mientras Mendoza exista, Benavides será el apoyo de Estrada..... y mientras Benavides no sea de los míos, valgo menos que el último y el mas ruin de los aventureros. Bah! concluyamos.....

Negromonte, que no habia soltado su espada, la oprimió con mas fuerza, y fué por donde habia dejado á D. Gaspar de Mendoza.

Al llegar puso la linterna sobre un guardacanton que era el primero de una série que se prolongaba por aquel costado del huerto.

La luz alumbró su semblante, y Mendoza prorumpió en una exclamacion de sorpresa.

—Os extraña verme aquí, D. Gaspar?—le dijo Negromonte.

—¿Qué haceis aquí?..... adónde está el caballero que há poco se ha batido conmigo?

Negromonte se puso en guardia, y dando á sus palabras un aplomo siniestro, replicó:

—Yo soy..... defendéos.

—Cómo!..... tú!..... Negromonte!.....

—Un servidor vuestro.

—Tú! estás loco.....—dijo Mendoza desconociendo la voz de D. Pedro;—á ver, toma esa luz y acompáñame á buscar á ese caballero.

—Os digo que no me da la gana: defendéos.

Mendoza tembló, á pesar suyo, al escuchar aquella voz cuya profundidad era fatídica. Empezó á comprender que una resolucion tremenda se ocultaba tras la glacial firmeza de Negromonte. Entonces dió algunos pasos hácia atrás, y preguntó, ya dispuesto para defenderse, pero visiblemente horrorizado.

—Y dime, ¿qué es lo que te impele contra tu señor? ¿crees que no he sido bastante generoso contigo porque aun no llega la hora de socorrerte, y buscas en el crimen lo que hubieras hallado con la paciencia? Tú sabes que nunca ha gemido mi escarcela cuando he tenido que agotarla para aliviar la miseria de cualquier pobre hidalgo. Sé que te debo alguna paga. Tú has cuidado mi casa, y mas de una vez me han sacado de apuros tus inteligentes servicios. ¿Necesitas algo?..... pídelo..... ¿me atacas porque me aborreces? díme antes qué agravio, que yo sepa, recibiste alguna vez de mí ó de los míos?

—Ninguno.

Pues ¿qué es lo que pretendes de mí, Negromonte?

—Una cosa; que no me obligueis á daros muerte sin que hagais algo en vuestra defensa.

—Desdichado!.....—replicó D. Gaspar, cuyos labios se dilataron con amarga sonrisa.

—Se va el tiempo,—dijo Negromonte.

—Quiere decir,—replicó Mendoza,—que te empeñas en obligarme.

—Sí.

—¿Ignoras que la muerte puede ser el castigo de tu voluntaria demencia?

—Mirad, Sr. Mendoza; estamos completamente solos, y voy á explicaros en dos palabras el motivo de mi conducta. El infeliz hidalgo que os ha buscado para que le diéseis un asilo en los subterráneos de vuestra casa de Beltrán, ese pobre á quien alargais una limosna, oculta bajo sus harapos mas grandeza y mas títulos que toda la generacion de los Mendozas. Soy D. Pedro Negromonte; ni os amo, ni tengo razon para aborreceros; pero ya veis que aun no ha pasado para mí la edad en que domina la ambicion. Pienso apoderarme del reino..... para esto necesito la alianza de las tribus aztecas, y antes el mando, y antes la elevacion de Salazar y Chirinos, y antes vuestras magníficas caballerías.....

La mirada, la actitud, el acento de Negromonte, no dejaron duda á D. Gaspar acerca del verdadero carácter de aquel hombre. Existe bajo la voz cierta inexplicable resonancia donde el instinto reconoce por ligeras modulaciones el acento de la verdad ó de la mentira. Mendoza creyó entonces que habia vuelto á encontrarse con su adversario. Se estremeció, no de temor, pues no le conocia, sino con esa emocion que precede al combate.

—Y bien,—dijo,—creéis que si muero podreis disponer de esas caballerías?

—Sí,—replicó Negromonte.

—Estais engañado, caballero. Tendríais que matar á Benavides, luego á Mendieta, despues á Rubio, á Bocanegra, á Olmos, á Medina, á Quintanar y á todos mis amigos, y despues, si la fortuna os habia libertado de tan buenas espadas, tendríais en cada soldado un enemigo irreconciliable.

—Oh! yo siento decíroslo; pero ¿podeis estar seguro, señor Mendoza, de que todos esos caballeros que habeis nombrado, no esperan para ser míos sino que Antonio Benavides rompa con vos el compromiso que le liga fatalmente á vuestros intereses. Que os marcheis á España, ó que murais, es lo mismo. Benavides quedará libre para descargar el odio que alimenta por vuestro señor D. Alonso Estrada.

—Hola! ¿teneis, pues, la intencion de deshaceros de Mendoza?.....

—Os lo aseguro.

—¿Teneis tanta confianza en vuestro brazo?

—Veamos.

—Veamos.

Los brazos volvieron á extenderse y los aceros se cruzaron.

Mendoza, jadeante todavía con la lucha anterior, se confiaba mas bien en la cota de malla, que en su brazo ya lánguido con la fatiga. Negromonte mostraba en su serenidad, que era incansable; pero habia combatido con seis hombres, no pudo evitar que le hiriesen en diferentes puntos, y sus heridas no cesaban de manar sangre, debilitándole gradualmente.

Sin embargo, el combate se renovó con una verdadera furia; Mendoza, con la confianza de ser casi invulnerable, cargó de un modo tan violento, que Negromonte tuvo que ganar el lado del postigo, para buscar un punto de apoyo. Arrinconado allí entre las jambas de la poterna, dispuso y asestó varias veces su estocada maestra, hasta que pudo convencerse de que la punta de su espada se embotaba en anillos de acero. Era necesario desde entonces no buscar

sino los ojos ó la garganta, ó rasgar un muslo por la parte interna, para que la pérdida de sangre hiciese vacilar á Mendoza. Esto era de una dificultad inmensa:—el arte de la esgrima, que saca tan brillante partido amenazando un punto diferente del que debe tocarse, era completamente inútil, puesto que los puntos mas nobles podian ser descubiertos sin ningun peligro. Negromonte comenzó á buscar el rostro y los muslos de Mendoza. Era capaz de hallarlos, pero habia otra dificultad mas séria: el arrojo de Mendoza. Era tal, que Negromonte, no hallando terreno para retroceder, estaba respaldado en la puerta, y á duras penas lograba contener á Mendoza.

Este, como todos los espadachines de su época, tenia la costumbre de conversar en medio de las estocadas.

—Seguramente,—dijo,—vuestro reino se acerca; me parece que empezais á desconcertaros.

Negromonte no respondió; necesitaba toda su atencion para defenderse. Entonces Mendoza añadió, sin dejar de apretarle:

—Qué direis de mi cota, Sr. D. Pedro?

—Nada.

—Sin embargo, ella puede mataros.

—No importa.....

De súbito, Mendoza dejó escapar un sordo grito de coraje. La espada habia desaparecido de sus manos. Mendoza no cruzó los brazos, como hacian los caballeros en tales circunstancias. Dió un salto hácia atrás, derribó la linterna y se escabulló entre el ramaje. Entonces una mano salió de la sombra y le afianzó por la garganta. Otro grito, pero grito de indefinible terror, se escapó de sus labios, y no tuvo ya fuerza para defenderse.

Negromonte recogió la linterna, que seguía ardiendo, y se encaminó adonde estaba Mendoza.

—Aquí le teneis,—dijo una voz ya conocida por Negromonte.

Este levantó la luz, y vió que el que así hablaba era Chirinos.

—Bah!—dijo,—esto me reconcilia con vos, señor factor: hacéos á un lado.....

Chirinos obedeció. Mendoza, horriblemente pálido y tembloroso, desnudó su puñal, y dijo mirando alternativamente á Negromonte y á Chirinos:

—Tratais de asesinar-me?....

—Qué quereis?.....—replicó Negromonte encogiendo ligeramente los hombros;—el destino lo quiere.

Despues, volviéndose á Chirinos, le dijo esta simple palabra, que al factor mismo le produjo un sacudimiento eléctrico:

—Alumbradme.

Chirinos tomó la linterna; pero Mendoza, que se vió acorralado, se lanzó contra Negromonte con la feroz agilidad de la pantera. Negromonte extendió un brazo, asió por la muñeca el de D. Gaspar, y le imprimió tal movimiento de torsion, que los huesos crugieron, el puñal cayó, y D. Gaspar, vuelto de espaldas, hincó en el suelo una rodilla.

—Heridme!.....—exclamó desesperado.

—No,—dijo D. Pedro,—un caballero como vos no debe morir á manos de un cobarde asesino. Ya he dicho que no abrigo por vos ningun resentimiento; si las circunstancias os han convertido en un obstáculo de mis proyectos, no menguarán en nada la alta consideracion que os profeso. Vais á defenderos, pero os pido el favor de que os batais



—Heridme!.....esclamó desesperado. (P<sup>a</sup> 296)